

Pablo: un militante apasionado por la memoria viva de Jesús

Miguel Ángel Armada svd

Introducción

El presente artículo busca rescatar algunos rasgos del cristianismo urbano de la primera generación (en iglesias de tradición paulina) releídos a la luz de los desafíos planteados por la temática central de este número de la Revista.

Pablo, un judío de la diáspora (de Tarso), fariseo fiel observante de la Ley y perseguidor de la Iglesia (Flp.3, 4-8), hasta aproximadamente los 30 años había contemplado un rostro de Dios, un modo de vincularse con los demás, una manera de entender la salvación y una posición socio-política casi sin conflictos con la ley del Imperio. Sin embargo, esta visión fue interpelada y cuestionada desde el encuentro y la memoria viva de Jesús, el Mesías crucificado y resucitado (1 Cor. 1,22-25). Comenzó allí un proceso de cambio de visión, corazón y prácticas, en medio de numerosos conflictos, hasta sus últimos días.

Las Cartas de Pablo testimonian que en nombre de una Ley religiosa (Gál. 3,10-14) y bajo el dominio de la ley del Imperio, que rige “*este mundo*

perverso” (Gál. 1,4), “*de impiedad y de injusticia*” (Rom. 1,18), Jesús había sido ejecutado violentamente en una cruz bajo el amparo de legalidad. Sin embargo, la lógica de los vencedores y poderosos de este mundo entró en conflicto con la revelación de Dios: el Crucificado fue resucitado por el Padre (1ª Cor 15,1 ss) y en Jesús se manifestó la justicia de Dios (Rom. 3,21-26), esperanza para tod@s los crucificad@s de la historia. Pablo contemplará el misterio de Dios y de su proyecto de salvación desde otro lugar social y teológico. Se transformará en un transgresor de toda ley que mata y discrimina (Gál. 2,18b-21) y en un militante apasionado por Jesús y su causa desde la humanidad de los exclud@s.

Sin haber casi conocido al “Jesús histórico”, Pablo es consciente que no solo transmite su memoria recibida a través de quienes lo precedieron (1 Cor. 11,23-25), sino que experimenta su vocación específica de comunicarla de manera significativa para interlocutores en un nuevo contexto vital y socio-cultural. Esto implicará atravesar un gran desafío misionero y

de horizontes: pasar del ámbito rural y predominantemente judío donde Jesús anunció su Buena Noticia al servicio del Reino de Dios, y presentar su Evangelio en espacios urbanos, a mujeres y hombres de diferentes culturas y cosmovisiones religiosas en las principales ciudades de la ruta imperial.

Indicaré tres características del modo en que Pablo comunica la memoria de Jesús en las ciudades y su impacto en términos socio-políticos.

1. Memoria del Evangelio de Jesucristo: la proclamación anti-imperial de Pablo.

“Quiero que sepan, hermanos, que el Evangelio que les prediqué no es cosa de los hombres, porque yo no la recibí ni aprendí de ningún hombre, sino por revelación de Jesucristo” (Gál.1, 11-12).

“Mientras los judíos piden milagros y los griegos van en busca de sabiduría, nosotros, en cambio, predicamos a un Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los paganos, pero fuerza y sabiduría de Dios para los que han sido llamados, tanto judíos como griegos. Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad de Dios es más fuerte que la fortaleza de los hombres” (1ª Cor.1, 22-25).

Las Cartas de Pablo necesitan

comprenderse desde el universo sociológico donde surgieron, el ámbito cultural de sus destinatarios y la perspectiva pascual de fe en Jesucristo, para evitar cierto espiritualismo, dualismo, intimismo y moralismo con que frecuentemente se comentan sus escritos. Al igual que Jesús, Pablo vivió la misión de Dios al servicio del pueblo en el contexto del Imperio romano. Ambos fueron asesinados con la participación del poder imperial: Jesús, en tiempos del emperador Tiberio y del gobernador de Judea Poncio Pilatos, y Pablo bajo el gobierno de Nerón.

Desde tiempos de César Augusto (27 a. C- 14 d. C) la política-económica del Imperio era sustentada por una teología imperial y el sistema del patronazgo, reproducidos desde la capital de Roma hacia las regiones y países bajo su control. La dominación política, económica y social era inseparable de la colonización cultural-religiosa en las instituciones, las ciudades y las casas. Las élites locales urbanas, hambrientas de cargos y honor, buscaban el patronazgo de gobernadores y emperadores para patrocinar la construcción de monumentos, teatros, templos cívicos e imperiales, financiar asociaciones y juegos olímpicos. El patronazgo (pilar del sistema social romano), profundizaba las relaciones clientelares y dependientes de los patrones-bienhechores ricos y contenían, en

parte, la sublevación de los oprimidos. Al mismo tiempo, los valores culturales más respetados en la sociedad mediterránea eran “*el honor y la vergüenza*”. El honor se poseía o se adquiría en función de la familia de origen, riquezas, estatus social, género y sexualidad, conducta social... El honor se vinculaba “*al mérito y valor*” para ser bien visto por los ojos del canon de la meritocracia socio-cultural dominante.

El culto al emperador y la lealtad pública expresada en las liturgias oficiales buscaban la cohesión de los territorios conquistados. El imperio era omnipresente en la vida cotidiana de la gente a través de sus funcionarios, las monedas, los impuestos exigidos, el ejército, las estatuas y monumentos... Diversos emperadores durante el siglo I d. C reclamaron para sí alguno de los siguientes títulos: *Dios, hijo de Dios, Señor, Salvador, Padre de la patria (Pater patriae), Imperator o Princeps, Pontifex Maximus...* Las acciones gubernamentales eran narradas a través de sus medios de comunicación como “*buenas noticias=evangelio*”. La palabra griega “*evangelio*”, en términos políticos, hacía referencia a las victorias militares, al nacimiento de un heredero al trono, o al advenimiento de un emperador, como lo describe la inscripción encontrada en Priene del año 9 d. C:

“Puesto que la providencia que fija divinamente el orden de nuestras

*vidas ha creado con celo y magnificencia el más perfecto bien de nuestra existencia, al suscitar a Augusto y al colmarlo de dones excelentes para el servicio de la humanidad, concediéndonos a nosotros y a nuestros descendientes la gracia de un salvador que acabó con la guerra y organizó la paz; y puesto que César (Augusto) con su aparición superó las esperanzas de todos cuantos habían anticipado el retorno de la prosperidad, no sólo haciendo mucho mayores bienes que todos los bienhechores que le han precedido, sino incluso los que en el futuro quieran igualarlo, y puesto que el aniversario del dios marca para el mundo el comienzo de buenas nuevas (euangelia) gracias a su venida, y que las ciudades de Asia decretaron en Esmirna... sugiriendo en honor de Augusto algo que hasta ahora no conocíamos los griegos, a saber comenzar el calendario con el nacimiento del dios”.*¹

El ejercicio del poder imperial estaba relacionado con su capacidad de control y colonización. “*Paz y Seguridad*” (1 Tes. 5,3) era el eslogan de su propaganda política para justificar la permanente campaña militarista. Para mantener el orden y reprimir las protestas en las rutas, provincias y regiones ocupadas, disponía de un ejército compuesto de 400.000 efectivos.

La economía era sustentada por un modelo de producción esclavista y tributaria. Se calcula que más del 30% de la población estaba sometida a diferentes formas de esclavitud, tanto en el ámbito rural como urbano. El promedio de vida de un esclavo era de 35 años. Desde el punto de vista legal el esclavo era “una cosa” (*res*), no-persona (“*herramienta parlante*”, según Aristóteles), por lo tanto, sin derechos, propiedad del amo. Este sector totalmente excluido del sistema era su base: el modelo hegemónico y el estatus social de las familias aristocráticas en las ciudades eran mantenidos con los brazos, la vida y la sangre de est@s trabajadores.

Para quienes estaban en los centros del poder y en la cúspide de la pirámide social, *la pax romana, las buenas noticias=evangelio del emperador y la seguridad* eran vistas de manera diferente, de quienes vivían en los márgenes, las periferias y en la base de los sectores sin estatus, honor, riqueza ni ciudadanía. El historiador Tácito (55 al 113 d. C) describe la situación que vivían los pueblos dominados en su obra *Agrícola* 30-31:

“...más peligrosos que todos son los romanos, de cuya arrogancia en vano pensamos poder escapar por medio de la sumisión y el comportamiento leal... Esos saqueadores del mundo, ahora que no existe más ningún país para ser devastado por ellos, revuelven hasta el propio mar. Si el enemigo es rico,

se muestran codiciosos; si es pobre, despóticos; ni el Oriente ni el Occidente han conseguido saciarlos; son los únicos que codician con igual ansia las riquezas y la pobreza. Saquear, matar, robar es lo que los romanos llaman falsamente imperio, y paz al sembrar la desolación... Las casas son transformadas en ruinas, los jóvenes reclutados para la construcción de los caminos. Las mujeres cuando consiguen escapar de la lujuria de los enemigos, son violentadas por aquellos que se dicen amigos y huéspedes. Bienes y propiedades son tomados en forma de tributos; la cosecha anual de los campos se torna tributo en forma de cereales; bajo golpes e insultos nuestros cuerpos y manos son usados para hacer viables los bosques y los pantanos”.

Pablo vivió y desarrolló su ministerio pastoral en tiempos de Tiberio (14-37 d. C), Calígula (37- 41 d. C), Claudio (41- 54 d. C) y Nerón (54-68 d. C). En este contexto político irrumpe predicando otro Evangelio: “*el Evangelio de Jesucristo*” (1 Cor 1,17s; Rom 1,1s), un crucificado por dirigentes religiosos con el aval del Imperio, proclamado como “*Señor*”, “*Hijo de Dios*”, “*Salvador*”. En la Carta a los Filipenses (2,6-11), Pablo cita un himno litúrgico con repercusiones anti-imperiales: Dios exaltó a Jesús, quien no sometió ni

dominó a otros, sino que se abajó y se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo hasta su muerte de cruz. Sólo ante Jesús deben arrodillarse los cristianos y confesarlo como el único Señor. En Jesús se manifestó “*la justicia de Dios*” (Rom. 3,21-26) y “*su sabiduría... aquella que ninguno de los dominadores de este mundo alcanzó a conocer, porque si la hubieran conocido no habrían crucificado al Señor de la gloria*” (1ª Cor. 2,8).

Pablo proclama el amor inclusivo, emancipatorio y liberador de Jesús, y por eso entró en conflicto con la lógica del sistema imperial, los valores culturales dominantes y la teología de la meritocracia fomentada por sectores religiosos. Muchas de sus Cartas fueron escritas no en el escritorio de una iglesia, sino “*desde la cárcel*” (Flp.; Flm; Col). Pablo sufrió la represión de las autoridades gubernamentales y religiosas; fue detenido en varias ciudades, siendo torturado y flagelado; recibió ocho condenas judiciales y tres veces fue condenado a muerte, como narra en su *curriculum vitae* (2 Cor 1,8-11; 11,22-33; Gál 1,10-23; Flp.1, 7-14). ¿Cuáles delitos cometió? Los delitos de sedición/subversión o traición al emperador eran punidos con el encarcelamiento, el castigo y la pena de muerte. Varios elementos (desarrollados en los puntos 2 y 3) parecen indicar que Pablo fue un preso político, “*por el trabajo en la defensa*

y confirmación del Evangelio de Jesucristo” (Flp.1, 7); un militante peligroso por su crítica al sistema imperial y sus prácticas emancipadoras (Hech. 16,19-24).

2. Memoria que asume las opciones de Jesús desde el presente: la opción de Pablo por los excluidos

“*Hermanos, tengan en cuenta quiénes son los que han sido llamados: no hay entre ustedes muchos sabios, hablando humanamente, ni son muchos los poderosos ni los nobles. Al contrario, Dios eligió lo que el mundo tiene por necio, para confundir a los sabios; lo que el mundo tiene por débil, para confundir a los fuertes; lo que es vil y despreciable y lo que no vale nada, para aniquilar a lo que vale. Así, nadie podrá gloriarse delante de Dios. Por él, ustedes están unidos a Cristo Jesús, que por disposición de Dios, se convirtió para nosotros en sabiduría y justicia, en santificación y redención...*” (1ª Cor. 1,26-31).

Algunos autores afirman que “*Pablo comienza donde terminan los Evangelios*”. La memoria de Jesús marcó el estilo, las opciones y los fundamentos en su misión a partir de los desafíos de su presente histórico. El mundo de los trabajadores urbanos constituyó el ambiente cotidiano que Pablo escogió para compartir el Evangelio, viviendo de su trabajo (1 Tes 2,9). Como artesano del cuero, “*fabricante de tiendas de campaña*”



Postal de Luís Henrique Alves Pinto. Detalle.

(Hech 18,1-3.18), trabajó junto a otros inmigrantes, libertos y esclavos que residían en las grandes ciudades. En Corinto, por ejemplo, alquiló una pieza en la casa de Priscila y Aquila que tenían el mismo oficio. Allí se encontraba con personas de diferentes culturas, religiones y estatus social. Sus interlocutores prioritarios en la misión no fueron las élites vinculadas al poder hegemónico, sino las clases populares. Mientras la visión dominante griega sostenía que el

trabajo intelectual era más elevado, Pablo optó por “trabajar con sus propias manos” (1 Cor 4,12). Y afirma esto en Corinto, donde los ricos financiaban a otros misioneros y filósofos. Pablo toma distancia frente a quienes “trafican con la Palabra” (2 Cor 2,17). Su estilo de vida y pastoral los desarrolla desde los marginados y descalificados, el lugar escogido por Dios para mostrar su poder compasivo y humanizador (2 Cor 11, 22s; 12,7ss).

Pablo palpó en carne propia que ni

la política imperial ni la tradición religiosa habían sido generadores de “*salvación-salud-buena noticia*” para diversos sectores del pueblo. Inspirado por la memoria de la Salvación ofrecida gratuitamente por Dios en Jesús, actualiza sus opciones preferenciales, atravesando fronteras, muros y grietas para llegar a:

- *Los excluidos por la ley del imperio*: los no-ciudadanos, los sin-derechos reconocidos, los pobres, los sin estatus socio-cultural, los inmigrantes sin residencia, los esclavos.

- *Los excluidos por la ley religiosa judía*: los gentiles/paganos de diferentes culturas, los condenados por motivos religiosos (Gál 2,8).

Desde y junto a ellos Pablo proclama “*el Evangelio de Jesucristo*”, que en su amor incluye, libera, emancipa, empodera a los más pequeños, como hijos e hijas de un mismo Padre:

“Porque todos ustedes son hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, ya que todos ustedes, que fueron bautizados, fueron revestidos de Cristo. Por lo tanto, ya no hay judío ni pagano, ni esclavo ni hombre libre, varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús. Y si ustedes pertenecen a Cristo, entonces son descendientes de Abraham, herederos en virtud de la promesa” (Gál. 3,26-28).

En esta confesión de fe bautismal observamos cómo por medio de

Jesucristo son superadas las barreras étnicas-culturales, de género y de estatus social. Y esta nueva visión y auto-percepción identitaria impactará en la configuración de las comunidades eclesiales, en sus vínculos internos y en las prácticas pastorales insertas en un contexto patriarcal, esclavista e imperial:

“Ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver al temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios: ¡Abba!, es decir, ¡Padre! El mismo Espíritu se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rom 8,15-16).

“Para la libertad Cristo nos liberó. Manténganse firmes para no caer de nuevo en el yugo de la esclavitud... si están animados por el Espíritu, ya no están sometidos a la Ley” (Gál. 5,1.18).

En diferentes ciudades, Pablo junto a los equipos misioneros forman pequeñas comunidades alternativas y contraculturales. En su centro está Jesucristo “*en quien fuimos liberados*”, concepto teológico clave para definir al ser humano no solamente delante de Dios sino del sistema social. De allí que la liberación del cautiverio de la ley, del pecado y de la muerte en “*este mundo perverso*” (Gál.1, 4) suscite también una emancipación con impactos socio-políticos. Son Comunidades

minoritarias (no representaban ni el 1% de la población), proféticas y creativas. Sus integrantes poseen una misma dignidad e igualdad por el Bautismo y ejercen en sus ciudades diversos ministerios del Espíritu (1ª Cor. 12,4-13). A ellas Pablo les expresa: “*Ustedes son el templo sagrado de Dios*” (1 Cor 3,16-17). “*Ustedes son el Cuerpo de Cristo*” (1 Cor 12,27). “*En ustedes habita el Espíritu de Dios... Sus cuerpos son templo del Espíritu Santo*” (1 Cor 3,17; 6,19-20). “*Que la única deuda con los demás sea la del amor mutuo: el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley*” (Rom. 13,8).

3. Memoria generadora de nuevas iniciativas: la formación de asambleas alternativas.

El orden social y la ideología imperial se reproducían a través de las casas, el gobierno de las ciudades y sus instituciones. Pensadores de la época como el filósofo Areius Didymus, profesor de Augusto, afirmaban: “*Una casa (oikos) es el principio de una ciudad (polis)... Porque la casa es como una pequeña ciudad... El hombre por naturaleza tiene el mando de su casa. Porque la facultad deliberativa de la mujer es inferior, en los hijos no existe aún, y es totalmente extraña en los esclavos. La dirección racional de la casa y de lo perteneciente a la casa corresponde al hombre*”². La estructura de la casa era patriarcal: el *pater fami-*

lias era su cabeza, propietario y responsable de quienes estaban bajo su dependencia y subordinación: esposa, hijos y nietos, esclavos, libertos y clientes. La casa era la unidad básica de producción económica y la familia, la célula del Estado. El emperador Augusto promulgó leyes para impedir el caos en la alteración del orden de la casa patriarcal.

Una estrategia pastoral de Pablo y los equipos pastorales fue asumir la casa como espacio socio-cultural donde testimoniar el Evangelio de Jesús. A las pequeñas comunidades cristianas las denomina “*iglesias*” (*ekklêsía*=*asamblea*) y se reúnen “*en las casas*” (Rm 16,5; 1 Cor 16,19; Flm 2). Pablo emplea este término de la tradición religiosa del Pueblo de Dios (A.T) y de connotación política en los ámbitos urbanos.

La palabra griega *ekklêsía* es la traducción de la hebrea *qahal*, que designaba a Israel como pueblo escogido por Dios. *Qahal YHWH* era “la asamblea” de los convocados por la palabra de Yahvé (Dt 18,16; Jc 20,2; Neh 8,2). En las Cartas de Pablo *ekklêsía* es la asamblea “*de Dios Padre*” y “*de Jesucristo*” (1 Tes 1,1), quienes convocan “*en el Espíritu*” a todas las personas sin exclusión (Gal 3,26-28).

En el ámbito político *ekklêsía* remitía al ideal democrático de participación ciudadana que sustentaba la “*polis* griega = ciudad-Estado”. El sistema democrático en cada ciudad

incluía: el cuerpo de ciudadanos (*demos*), un consejo gubernamental (*boulé*) y la asamblea de votantes (*ekklêsía*) en cuestiones municipales, legislativas y en la elección de los magistrados. El poder de la asamblea era limitado y controlado por el consejo gubernamental.

En las asambleas participaban los “*ciudadanos varones, libres y propietarios*”, quienes tenían derecho a votar. Gran parte de la población quedaba excluida de las mismas: las mujeres, los esclavos, los libertos dependientes del patrón, los inmigrantes pobres y los no-ciudadanos. Con el paso del tiempo, en este modelo de democracia, las asambleas fueron cooptadas por el Imperio para reproducir su cosmovisión, como había sucedido con las casas. En ellas tenían lugar las oraciones, ofrendas a los dioses romanos y culto al emperador. Las élites locales, junto a otras instituciones de la ciudad, fueron medios privilegiados para reafirmar la lealtad al emperador y su proyecto político.

En las ciudades existían otros espacios de encuentro como “*las sinagogas*”, “*las asociaciones y gremios*”, organizaciones voluntarias por razones profesionales, étnicas y de diversos cultos. En general, participaban los que pertenecían a la misma clase, trabajo, etnia, religión. Dependían de patrones/matronas y benefactores de la ciudad y del

imperio.

Pablo busca encarnar el *Evangelio de Jesús* en las casas, a través de las cuales se generan otro tipo de asambleas (*ekklêsía*). Son convocadas no por la palabra del emperador, del gobernador o de un funcionario religioso, sino por la Palabra de Dios revelada en Jesucristo. En estas asambleas participan mujeres, jóvenes, pobres, esclavos, extranjeros de diferentes culturas y tradiciones religiosas, personas sin ciudadanía de diversas casas (1 Cor 1,26-31; Rm 16; Flm 8-20). La memoria de Jesús, único fundamento de la Iglesia (1 Cor 3,10b-11), promueve en ellas la inclusión social y una vinculación como nueva familia donde comparten culto, mesa y comida. El término que más se emplea para denominar a sus miembros es “*hermano*”: utilizado 115 veces en las Cartas de la primera generación. Funcionan como espacios de resocialización, contención y nueva ciudadanía (Rom 12,2-21; Flp. 3,20; Ef. 2,19). Hay mujeres ejerciendo el liderazgo y animación de las iglesias como la diaconisa Febe, Priscila, Ninfas, Lidia (Rm 16,1ss; 1 Cor 16,19; Col 4,15; Hch 16,40). No están auto-centradas en sí mismas, sino que por medio del Espíritu Santo se orientan al bien común, a través de una diversidad de ministerios y carismas (1 Cor. 12,4-11), en medio de una realidad atravesada por numerosos conflictos (entre sus miembros, casas y sectores de la ciudad). No son comunidades

idílicas sino vulnerables (2 Cor. 4,7ss), que muestran un modo de ser Iglesia comprometida con la dignidad y el empoderamiento de los excluidos. Si bien, socialmente parecen insignificantes frente al poder de las instituciones y leyes del Imperio, las fueron minando desde abajo.

Las Cartas, prédicas y prácticas de Pablo junto a las comunidades estaban vigiladas y controladas por funcionarios imperiales, religiosos y cómplices. Esto nos permite comprender la difamación, persecución y martirio que enfrentaron como consecuencia de la novedad transformadora del Evangelio=Buena Noticia de Jesucristo. Sus vidas y textos fueron y son inspiradores, como testimonia Mons. E. Angelelli en su homilía con motivo del martirio de Fray Carlos Murias y el P. Gabriel Longueville:

“...En estos cajones están guardados los restos de dos hermanos

nuestros cristianos, sacerdotes, ungidos por el Espíritu Santo, marcados y sellados y enviados a anunciar la Buena Nueva de la paz, la Buena Nueva del Señor, no la que inventamos los hombres. De Dios, y la felicidad y el contenido de la felicidad de lo que nos habla Jesucristo en el capítulo quinto de San Mateo (Mt 5,1-12) que acabamos de escuchar. Ahí están guardados. Yo creo que es la predicación más linda que han hecho Gabriel y Carlos. Porque las Bienaventuranzas y por lo que hemos leído de Pablo: Por pura misericordia de Dios hemos recibido el ministerio (2 Cor 4,1 ss). Se nos ha dado el don de Dios para que seamos hombres nuevos, no tengamos miedo de ser hombres nuevos. Para que acojamos en nuestro interior por el poder y la fuerza de Dios: el Evangelio de Jesucristo...” (22/07/1976).

Bibliografía consultada:

GIL ARBIOL, Carlos, *La primera generación fuera de Palestina*, en Aguirre Rafael (ed.), *Así empezó el cristianismo*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 2010.

HORSLEY, Richard, *Paulo e o imperio. Religiao e poder na sociedade imperial romana*, Paulus, Sao Paulo, 2004.

MEEKS, Wayne, *Los primeros cristianos urbanos. El mundo social del apóstol Pablo*, Sígueme, Salamanca, 2012.

MÍGUEZ, Néstor, *Esclavos del Imperio Romano: el caso Onésimo*, en RIBLA 28, Quito, 1997.

1. Citado por J. Comby y J. Lémonon, *Vida y religiones en el imperio romano en tiempos de las primeras comunidades cristianas*, Verbo Divino, Estella (Navarra), 1986, 18.

2. Cf. R. Aguirre “*Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana. Ensayo de exégesis sociológica del cristianismo primitivo*”, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1998, 118.